

La segunda visita de William Burroughs

CARLOS GARAYAR*

Carlos Calderón Fajardo ha publicado seis novelas —*La colina de los árboles* (1981), *Así es la pena en el paraíso* (1984), *La conciencia del límite último* (1991), *El viaje que nunca termina* (1994), *La conquista de la plenitud* (2000) y la que comentamos— y dos colecciones de cuentos —*El que pestaña muere* (1980) y *El hombre que mira el mar* (1992)—, pero sigue siendo un escritor secreto. Sus obras han sido editadas en tiradas cortas y solo por excepción se pueden encontrar en librerías. Lejos de la atención de los medios —son muy pocas las reseñas que de ellas se han hecho—, goza, sin embargo, de un prestigio notable entre los que han alcanzado a leerlo. Un prestigio fundado en los muchos aspectos singulares de una narrativa que viene siendo forjada sin reparar en modas ni cálculos, solo buscando aplacar ese fuego que abrasa las entrañas de todo verdadero escritor.

La reciente polémica entre narradores *andinos* y *criollos* ha hecho resaltar, por contraste, la existencia de obras como la de Calderón Fajardo, que se fundan en principios distintos de los tradicionales; obras en las que la realidad previa a la escritura importa menos que la que es consecuencia de esta. La suya es una literatura en la que el punto de partida puede ser la experiencia del autor, pero que luego se aparta vertiginosamente de ese inicio, mezclando componentes disímiles, veristas y también próximos al sueño; una realidad que se va haciendo ante nuestros ojos no para instalarnos en el mundo conocido, sino, por el contrario, para sacarnos de él. Su realismo es especial porque desecha lo típico y chatamente verosímil y se construye con lo insólito, con lo perturbador, con aquello que hace evidentes las grietas de la realidad y los conflictos de nuestra conciencia y nuestros sentidos con ella; es decir, con aquello que nos plantea problemas —por calificarlos de una manera imperfecta— metafísicos.

La tradición hispánica —como solía recordarlo Jorge Luis Borges— solo por excepción ha practicado lo fantástico e irreal. Carlos Calderón es uno de los pocos escritores peruanos que se inclina por este género, pero su literatura es fantástica no en el sentido corriente, el de las obras que buscan que el lector acepte durante el breve instante de la lectura la existencia de un mundo distinto del usual, sino en el más difícil, aquel que no renuncia a dejar en claro, en todo momento, que la realidad y el lenguaje se funden tan estrechamente que no es posible distinguir una de otro, con lo que, queriéndolo o no, postula que aun la realidad que vivimos está hecha sustancialmente de lenguaje.

Este predominio del lenguaje es lo que emparenta a Calderón Fajardo con los narradores peruanos más jóvenes, menos preocupados por situar sus ficciones en unas coordenadas de tiempo y espacio reconocibles que en diseñar tramas y personajes que creen su propio mundo y abordar así directamente ciertos temas. Y ese predominio del lenguaje desencadena una abundancia que hace de la literatura de Calderón Fajardo un universo complejo, en verdad, barroco o gótico, como ha sido calificado por algunos, en el que conviven, en una mezcla casi imposible, elementos disímiles y hasta contrarios: el amor y el homicidio, las conductas consideradas normales con aquellas calificadas de anormales, la oscuridad y la luz, además de una atmósfera que tiñe todo de extrañeza y una sensibilidad especial para aquilatar la condición leve o espesa de los objetos o acontecimientos.

La convicción de que la literatura se hace de palabras le ha dado a Carlos Calderón Fajardo la seguridad para aventurarse en temas tan «raros» como el de su novela *La conciencia del límite último*, en la que un cronista policial es obligado por su periódico a inventar crímenes y escribir sobre ellos; o el de *El viaje que nunca termina*, obra en la que cobra realidad el rumor popular, acogido por la prensa, de la llegada a Pisco de la vampiro Sarah Hellen en las postrimerías del siglo XIX.

Hay en las narraciones de Carlos Calderón Fajardo un rasgo que no deja de llamar la atención: su irregularidad, una cierta falta de control de los medios expresivos que provoca algunos bajones que alternan con soberbios momentos en los que el lenguaje se tensa, se llena de metáforas; como si la fuerza interior fuese tan fuerte que no puede encauzarse por los canales de la uniformidad. La suya, pues, es una literatura que podemos llamar impulsiva por poner en evidencia la íntima necesidad de su

realización. No obstante —y en apariencia, contradictoriamente—, mantiene siempre una gran conciencia de la forma, pero no para respetar las convenciones que sobre ella se han establecido, sino precisamente para cuestionarla, por seguramente sentir el narrador que ese recipiente es a veces un obstáculo contra el que han de luchar personajes e historias. De ahí esa sensación de irregularidad, pero también de potencia y finura, que suscitan sus obras, unas narraciones ásperas, desencajadas y siempre inquietantes.

Todas estas preocupaciones han sido tematizadas en *La segunda visita de William Burroughs*, novela compleja, verdadero resumen y culminación —por ahora— de la visión y las posibilidades de la narrativa de Carlos Calderón Fajardo. La obra empieza con una fiesta en la que participan jóvenes aspirantes de escritores y concluye con el intento fallido, veinte años después, de realizar otra fiesta con los mismos participantes. En el intermedio, conocemos algunas historias: la de la llegada, de incógnito, del poeta beatnik William Burroughs, si es que él es el fotógrafo que finalmente llega; las tribulaciones amorosas y creativas de un narrador que demora ese tiempo en escribir su primera novela; el encuentro de uno de los personajes con la prostituta sordomuda, o la muerte de un viejo poeta alcoholizado. Pálidos, atraviesan este mundo de ficción algunos personajes de nombres conocidos, entre ellos Chabuca Granda y Rodolfo Hinostroza, y también otros cuyos referentes podemos reconocer con cierta facilidad por sus rasgos y nombres apenas cambiados.

Pero esta no es, por supuesto, una novela en clave —y esta síntesis apenas nos da una idea de lo que verdaderamente sucede en ella—. A diferencia de la narrativa hoy en boga, *La segunda visita de William Burroughs* no funda su atractivo en contar una sucesión de hechos matizada por un misterio que al resolverse nos deja en nada. Importan más otras cuestiones. La de la naturaleza de la ficción, por ejemplo. O la de la identidad de los seres, no solo en su desempeño social y en su sexualidad, sino en sus propósitos vitales e incluso en su existencia física misma. En este punto resulta difícil dar cuenta de la novela, pero no dejar de afirmar su excelente planteamiento. El narrador de *La segunda visita de William Burroughs* empieza por cuestionarse él mismo, por renunciar a la unidad, por aceptar la posibilidad de desdoblarse, haciendo suya explícitamente esa premisa fundacional del arte moderno enunciada hace tanto tiempo por Rimbaud y todavía vigente: «Yo es otro». Portillo, el narrador, de algún modo es también Montero, el supuesto personaje, y los dos es posible que sean la misma persona. Y esta no es una pirueta técnica, la autorreferencia del narrador está perfectamente integrada al argumento, el narrador se ve haciendo la novela y esto es sentido como angustioso, pues escribir es luchar contra el caos del mundo: «El caos era más fuerte que la forma», constata Portillo, pero persiste y nos entrega su obra.

La segunda visita de William Burroughs es una excelente novela que asume el género como un camino de conocimiento de la contradictoria y a veces casi irreal condición humana. No solo es, por su planteamiento, de una gran ambición que no defrauda, sino por los frecuentes momentos en los que la prosa se tensa y se agita con vida propia, de los cuales, para terminar, quisiera citar este como ejemplo de la fuerza de su lenguaje:

Portillo se tropezó con algo que a simple vista no se veía. En el suelo mojado por la llovizna, había decenas de personas dormidas, sobre todo niños, echados en el suelo envueltos en periódicos. La mohosa humedad del sueño humano se elevaba pesadamente desde el suelo. Los que a simple vista parecían rincones llenos de basura resultaron personas dormidas y acurrucadas, cubiertas con cartones y bolsas de plástico para dar una apariencia de amparo contra la deslumbradora iluminación parpadeante. Pero era gente que dormía con un solo ojo, oliendo víctimas. Y algunos niños dieron un salto y cayeron encima de Portillo. Lo envolvieron, se le montaron encima, lo bolsiquearon por todos los bolsillos, le quitaron el reloj y la cartera y después se rieron como sombras. Portillo quedó como un espantapájaros violado, desplumado en plena calle bajo la luna. Sentía ganas de orinar y meó sobre una pared. Continuó caminando como un autómatas por la calle, sin saber por qué razón había nacido.

Calderón Fajardo, Carlos. *La segunda visita de William Burroughs*. Lima: Fondo Editorial de la UNMSM, 2006, 308 págs. ■